

# Reseñas de libros

## Las revoluciones de colores

Angélica Rodríguez Rodríguez  
*Investigadora de la Universidad de Salamanca*

Bunce, Valerie J.; Wolchik, Sharon L.  
**Defeating Authoritarian Leaders in Postcommunist Countries**  
Cambridge University Press, 2011.  
396 págs.

González Villa, Carlos  
**Las revoluciones de colores**  
Eurasian Hub, 2011. 113 págs.

Jankovic, Daliborka  
**After the Color Revolutions. A comparative Analysis of the Democratization Processes in Georgia, Ukraine, and Kyrgyzstan**  
VDM Verlag Dr. Müller, 2011.  
100 págs.

Entre el año 2000 y 2005 Europa del Este, Asia Central y el Cáucaso fueron el escenario de una serie de protestas pacíficas en contra de varios regímenes mixtos vigentes en dichas regiones

desde comienzos de la década de los noventa<sup>1</sup>. Estas protestas masivas desarrolladas en el marco de la no violencia, caracterizadas por un fuerte contenido simbólico, protagonizadas por la oposición, detonadas por el fraude electoral y encaminadas a corto plazo a exigir la celebración de nuevos comicios y a largo plazo a reclamar la independencia nacional, la implantación del modelo liberal y la reinauguración de la democracia se denominaron Revoluciones de Colores. Este nombre hace alusión a la manera pacífica en que se desarrolló la Revolución de Terciopelo checoslovaca de 1989 y, a su vez, deriva de la utilización simbólica de colores o nombres de flores empleados como elementos de identificación por parte de la oposición, particularmente por los movimientos sociales.

- 
1. Estos regímenes difieren de otro tipo de régimen en su mezcla de políticas autoritarias y democráticas. No obstante, comparten dos características principales: 1. Las elecciones son regulares y competitivas, pero tienen lugar en un ámbito que favorece a los *incumbents* autoritarios sobre los partidos y candidatos de la oposición; 2. Se destacan por su inestabilidad (Bunce y Wolchik, 2011: 9).

La explosión de las Revoluciones de Colores a comienzos de siglo trajo consigo un gran interés académico que buscaba dar cuenta de dichos fenómenos, direccionando la mayor parte de la producción literaria sobre este tema hacia tres grandes interrogantes: ¿por qué ocurrieron las Revoluciones de Colores?; ¿por qué algunas tuvieron éxito mientras otras fracasaron?; y ¿por qué se detuvieron en 2005? Siguiendo este orden de ideas, en esta oportunidad se reseñan tres libros que abordan desde diferentes perspectivas estas preguntas; además, dos de ellos incursionan en la influencia que dichos eventos tuvieron en los procesos posteriores de consolidación o retroceso democrático que se presentaron en los casos de éxito, es decir, donde hubo cambio de régimen.

El primero de los libros, *Defeating Authoritarian Leaders in Postcommunist Countries*, de Bunce y Wolchik (2011), es sin duda uno de los trabajos recientes más completos en el análisis sobre las Revoluciones de Colores y cuenta con un arduo trabajo de campo que respalda los resultados presentados. Parafraseando a Levitsky, hace dos grandes contribuciones al estudio de la democratización, en cuanto llena un vacío en la literatura sobre la difusión internacional y provee la teorización más sofisticada hasta la fecha sobre el emergente *modelo electoral* del cambio de régimen. Las autoras, dos de las académicas que más han investigado sobre las Revoluciones de Colores, se pre-

guntan por el éxito y fracaso de estas Revoluciones, por la difusión de las mismas y los desarrollos subsiguientes de los regímenes. Para esto, formulan dos preguntas: ¿Por qué las elecciones permitieron el cambio de régimen en algunos casos, mientras otras fallaron en el mismo propósito? Y ¿por qué ocurrieron estos cambios electorales y por qué se trasladaron de un Estado a otro?

Para responder a la primera cuestión, Bunce y Wolchik se basan en el *modelo electoral* cuyos principales componentes son: una oposición democrática unificada, y calidad y transparencia de las elecciones. El propósito del modelo consiste en superar obstáculos comunes para el desarrollo de elecciones libres y justas y el compromiso total de los ciudadanos en la construcción de su futuro político. El punto clave para el cambio de régimen no recae solamente en la existencia de una oposición unificada, sino también en desplegar ambiciosas campañas políticas, orquestando un elaborado registro de votantes y participación de grupos de votantes y poner en acción procedimientos de monitoreo electoral que en conjunto hicieron posible que la oposición fuera más efectiva y más políticamente atractiva para los votantes.

Esas innovaciones electorales, contenidas en el *modelo electoral*, crearon un extendido sentido de que la victoria era posible y como resultado hizo más difícil para el régimen vigente ganar las elecciones así como

su permanencia en la oficina una vez se perdieron. La oposición usó estas estrategias innovadoras a la hora de competir en las elecciones en Eslovaquia (1998), Croacia (2000), Serbia (2000), Georgia (2003), Ucrania (2004) y Kirguizistán (2005), mientras sus contrapartes en Armenia (2003 y 2008), Azerbaidzhán (2003 y 2005) y Bielarús (2006) tomaron solo algunos de esos pasos cruciales, por ejemplo solo trataron de formar un bloque de oposición.

Las autoras señalan que los líderes autoritarios no adoptaron este modelo porque eran prisioneros de sus éxitos anteriores, es decir, confiaban en que si no ganaban las elecciones podrían cometer fraude. Paralelamente, su aislamiento y despreocupación por el desarrollo de la oposición limitaba el acceso que podían tener sobre la información relativa a la distribución real del apoyo popular a su proyecto político y de la actividad de la comunidad internacional de asistencia democrática, que proveyó información detallada sobre cómo deberían desplegarse las campañas y ganar elecciones, y, más generalmente, de la dinámica de difusión transnacional.

Con un trabajo mucho más modesto, producto de la investigación realizada para su tesis de máster en Relaciones Internacionales, González Villa se pregunta qué originó las Revoluciones de Colores y, al igual que Bunce y Wolchik, se cuestiona sobre por qué unas tuvieron éxito y otras no. El autor se distancia del planteamien-

to ofrecido por las autoras e inicia su texto criticando el hecho de que las Organizaciones No Gubernamentales (ONG) y la sociedad civil organizada y movilizadas fueran en un primer momento los elementos explicativos de las Revoluciones de Colores. Sostiene que dicha postura no da cuenta de importantes intereses geoestratégicos más amplios que estuvieron en juego en estos eventos, y considera asimismo que tampoco explica por qué en algunos países los sublevados lograron derrocar los gobiernos autoritarios y en otros no. Para tratar de resolver este interrogante, el autor indaga acerca de la motivación de Estados Unidos para involucrarse en el espacio postsoviético, así como si dicha intervención fue determinante para el triunfo de las Revoluciones de Colores en Georgia, Ucrania y Kirguizistán.

Para González Villa, las Revoluciones de Colores son producto del involucramiento de Estados Unidos en el espacio postsoviético, como reacción a la recuperación del Estado ruso y de la implementación de una política exterior propia, generada con la llegada de Putin al poder, y que dio a Rusia una autonomía estratégica de la cual carecía en los primeros años de la posguerra fría. Por otra parte, la intervención de Estados Unidos a través de actores transnacionales sería la variable que explica el éxito de las Revoluciones de Colores, y su ausencia en otros casos la que determina su fracaso. El autor sostiene que para que una Revolución de Color sea exitosa, además de la

intervención estadounidense, las instituciones de los estados en que ocurrieron deben tener cierta debilidad, medida en función del modo en que se llevó a cabo su transición a la economía de mercado y a la disponibilidad de recursos naturales que permite una cierta autonomía estratégica. Este no fue el caso de países como Uzbekistán, Tadjikistán, Armenia, Azerbaidzhán o Bielarús puesto que no presentan una debilidad en los términos mencionados anteriormente y poseen relaciones particulares con Estados Unidos y/o Rusia.

Aunque Bunce y Wolchik le dan toda la fuerza al *modelo electoral* como motor del cambio de régimen, destacan el importante papel desempeñado por Estados Unidos para la configuración del mismo y su participación en todas las elecciones analizadas en el libro. Señalan que tanto las influencias internacionales como la ayuda externa son efectivas solo en contextos receptivos, es decir, donde los ciudadanos están demandando la democracia y se pueden formar lazos entre promotores externos de la democracia y activistas políticos locales. Siguiendo este mismo planteamiento, González Villa reconoce que Estados Unidos solo apoyó a las oposiciones que tenían cierta libertad de movimientos, es decir, regímenes que tenían una mínima vocación aperturista y buenas relaciones con Estados Unidos y Europa Occidental.

Yendo aun más lejos, Bunce y Wolchik señalan que la difusión trans-

nacional y transregional de técnicas electorales innovadoras parece explicar, entre otros, el sorprendente patrón de ese paso electoral hacia adelante, es decir, que muchos cambios electorales hubieran tenido lugar en varios regímenes mixtos de la región poscomunista en un corto periodo de tiempo, dando de esta manera respuesta al interrogante de por qué estos cambios electorales ocurrieron y por qué se trasladaron de un Estado a otro.

Finalmente, con relación al impacto de las Revoluciones de Colores, las autoras sostienen que las oportunidades posteriores se tradujeron en desarrollo democrático significativo o limitado después de que la oposición tomara el poder. Croacia y Serbia hicieron grandes saltos de la dictadura a la democracia; Eslovaquia y Ucrania dieron pasos significativos y llegaron a ser más democráticos; y los resultados en Georgia y Kirguizistán fueron más mixtos. Esto dependió de tres aspectos: tendencias en el largo plazo del desarrollo de la sociedad civil; variaciones en si las elecciones habían permitido una transición constitucional en el liderazgo o no; mandatos electorales.

En *After the Color Revolutions. A comparative Analysis of the Democratization Processes in Georgia, Ukraine, and Kyrgyzstan*, un trabajo modesto como el de González Villa derivado de la realización de un trabajo de posgrado en Ciencia Política, Daliborka Jankovic analiza el proceso de consolidación democrática en

Georgia, Ucrania y Kirguizistán desde una perspectiva comparada, y presenta de forma sistemática las similitudes y diferencias, así como los desarrollos democráticos más importantes de estos países desde 1996 hasta 2005. Para ello se pregunta si estos tres países son más democráticos tras las Revoluciones de Colores, cuáles han sido las similitudes y diferencias en sus procesos de democratización y qué factores domésticos importan para esas similitudes y diferencias –estatalidad, papel de las élites políticas, desarrollo socioeconómico–.

La autora pone de manifiesto que, pasados cinco años, el desarrollo democrático en los tres países ha sido limitado. Ninguno de los tres ha tenido éxito estableciendo un Estado de Derecho ni teniendo independencia judicial, y, por ende, las Revoluciones de Colores han fallado a la hora de alcanzar las expectativas que se levantaran sobre la consolidación democrática después de los cambios de régimen.

Georgia y Ucrania han mejorado respecto a la calidad de su democracia, pero solo marginalmente. Georgia ha tenido éxito mejorando la transparencia política y reduciendo la corrupción. Así mismo, mejoró en el nivel comportamental, con un ligero desarrollo negativo en los niveles constitucionales, representativo y de la cultura política. Ucrania, por su parte, ha mejorado la puntuación concerniente a la libertad de los medios y del proceso electoral. Ha logrado mejorar los niveles de la representación y de la

cultura política, pero tras el cambio de régimen se deterioró el nivel constitucional. Por otra parte, Kirguizistán no ha transitado hacia una democracia más consolidada; al contrario, todos los ámbitos de consolidación democrática se han deteriorado.

Tomados en conjunto, estos tres libros ofrecen un panorama general sobre el origen, éxito y fracaso de las Revoluciones de Colores, así como una revisión de los desilusionantes logros alcanzados en el ámbito de la consolidación democrática en los tres casos considerados de éxito: Georgia, Ucrania y Kirguizistán. Vale la pena subrayar una vez más que el libro de Bunce y Wolchik destaca por su rigurosidad, complejidad, elegancia y parsimonia, producto de un trabajo desarrollado por dos de las académicas con mayor conocimiento sobre las Revoluciones de Colores; los otros dos trabajos han sido elaborados por investigadores que están iniciando su recorrido en la comprensión de estos fenómenos y cuyo esfuerzo es una contribución a un tema objeto de estudio vigente y relevante que ofrece profundos retos para su comprensión en los diferentes niveles que lo componen.

---